

En torno a Borges (*El informe de Brodie*)



Aníbal Jarkowski

Universidad de Buenos Aires, Argentina

1. Cierta vez, mientras Borges estaba en Nueva York, un periodista le preguntó qué pensaba de los libros de Manuel Puig. Borges respondió que no leía nada que no tuviera menos de cincuenta años de publicado, aunque en el caso de los libros de Puig sus títulos eran tan horribles que al cabo de ese tiempo tampoco los leería.

2. Desde ya que la exigencia del transcurso de medio siglo para la lectura de un libro es un reclamo con tintes reaccionarios. Acaso sobreentiende, además, la creencia de que un autor, una autora, escriben lo más valioso de su obra cuando ya cumplieron treinta, cuarenta años, de manera que, medio siglo después, es bastante probable que el autor haya muerto y su presencia ya no se inmiscuirá en la evaluación de sus libros.

Por otro lado, y en relación a los lectores, ya que el siglo resulta una extensión inalcanzable, los cincuenta años funcionan como un equivalente del centenario y les permiten, a pesar de tan largo transcurso de tiempo, dar un testimonio personal de las circunstancias en que un libro apareció.

Esa es mi situación al releer *El informe de Brodie* para estas Jornadas –que nos reúnen en circunstancias tan anormales como las de una pandemia–, de ahí que mis impresiones estén determinadas, para bien o para mal, por el recuerdo que conservo de aquellos años en que el libro apareció, aun cuando por entonces yo era un niño que iba a la escuela primaria y pasaría bastante tiempo para que llegara a saber quién era Borges.

3. En su número del 29 de diciembre de 1970, la revista *Panorama* eligió al terrorismo como “personaje del año”, ya que sumaban “alrededor de cien los golpes de violencia política que se asestaron en la Argentina durante 1970.”

Desde posiciones ideológicas radicalmente opuestas, el mes anterior la revista *Cristianismo y Revolución* había publicado “Hablan los Montoneros”, un extenso documento dirigido a la militancia política donde se afirmaba que el año 1970 “marcó la creciente actividad de las distintas organizaciones armadas peronistas e izquierdistas”, con lo que, si no en la valoración de los hechos, una y otra revista, tan distintas entre sí, coincidían sin embargo en la caracterización de aquel año que es el corazón de estas mismas Jornadas.

Ese fue también el año de la publicación de *El informe de Brodie*.

Era el primer libro de cuentos escrito por Borges a través del dictado. Debió terminarlo el 19 de abril, cuando puso fin al prólogo, y en agosto apareció en las librerías, a la par que tres de sus relatos se publicaron como adelantos promocionales en diarios y revistas.

Los libros publicó “El otro duelo” con la siguiente presentación:

El 24 de agosto Jorge Luis Borges cumple 71 años. Coincidiendo con la fecha aparecerá en Emecé un nuevo libro de cuentos: *El informe de Brodie*. El hecho adquiere especial importancia si se considera que el último había aparecido en 1953. De los once cuentos que componen el volumen, el autor de *Ficciones* ha seleccionado especialmente para *Los libros* el que se publica en estas páginas.

¿Habrá ocurrido que, efectivamente, Borges eligió el cuento que se publicaría en una revista como *Los libros* –mientras que *La Nación* adelantó “El Evangelio según Marcos” y “Guayaquil” apareció en *Periscopio*, la revista que sucedió a *Primera Plana* luego de su clausura en agosto de 1969?

Más sencillamente, ¿conocería Borges, tendría al menos alguna referencia acerca de esa revista que, en la tapa de su número 10, junto a la publicación del relato de Borges, anunciaba notas sobre Marshall McLuhan, Umberto Eco, Jacques Lacan y “El colonialismo cultural”, y en el número anterior había ilustrado la portada con una imagen de Perón?

4. Rápidamente la crítica caracterizó el libro como una colección de relatos en la que Borges revisaba su obra anterior, ya muy extensa, para mostrar su distancia respecto de ella e incluso corregirla. Una línea como “decíme, Borges, ¿vos qué podés saber de Malevos?” –incluida en “Juan Muraña”– sólo tiene sentido –un sentido irónico, desde ya– en relación a ficciones y ensayos muy conocidos por los lectores y que Borges había escrito más de treinta años antes.

En la reseña publicada en *La Nación*, por ejemplo, Juan Carlos Ghiano dedicó unas cuantas líneas a señalar que Borges había regresado a su obra anterior con la intención de renegar de las lejanas “celebraciones de la violencia” de aquel escritor que, en el pasado, “se había rendido a la atracción de Rosas, de Quiroga, del yrigoyenismo popular, de los cuchilleros del 900”.

Esa temprana caracterización del libro no perdería vigencia y, aun más, se profundizaría, como cuando en 1988 Enrique Pezzoni, durante sus clases en la Facultad de Filosofía y Letras, recomendaba a los alumnos que prestaran una particular atención a “la distancia que marca un libro como *El informe de Brodie*, donde una serie de relatos retoman temas y estructuras de libros anteriores y los importan de tal manera que el lector tiene la impresión de que [Borges] se está parodiando a sí mismo”.

5. Seguramente el relato donde más evidente y explícita resulta la intención de corregir un pecado de juventud es “Historia de Rosendo Juárez”, en el que se transparenta el propósito de fijar una razón única, excluyente de cualquier otra, para el hecho de que en “Hombre de la esquina rosada” Juárez hubiera declinado el desafío a pelear de Francisco Real: “Sucedió entonces lo que nadie quiere entender. En ese botarate provocador me vi como en un espejo y me dio vergüenza”.

Concentrarse en la intención de despejar la sola sospecha de que Juárez hubiera obrado por cobardía, fue lo que tal vez distrajo a Borges de que el segundo relato no sólo quedara reducido a un apéndice del primero, sino que además su trama resultara

embrollada con el añadido de nuevos sucesos y personajes, y su verosimilitud se dañara en líneas como en las que Juárez le pregunta al carpintero Luis Irala “¿vas a jugar tu tranquilidad por un desconocido y por una mujer que ya no querés”, o en otra –parecida a la réplica que Romeo devuelve a Teobaldo cuando lo llama villano para invitarlo a pelear– en las que Juárez recuerda haber dicho a Real: “No tengo miedo de pasar por cobarde. Podés agregar, si te halaga, que me has llamado hijo de mala madre y que me he dejado escupir. Ahora ¿estás más tranquilo?”

Así arborescen en el segundo relato las que, en el primero, eran apenas “unas palabras” que en su momento nadie escuchó.

Por lo demás, no deja de resultar curioso que, en el propósito de fijar retrospectivamente el sentido del relato original, Borges recayese en lo mismo que años antes había reprochado a José Hernández.

En su libro sobre el *Martín Fierro* Borges se había detenido en el episodio del canto XXX de *La vuelta*, en el que Hernández impidió el duelo con el que el Moreno busca vengar la muerte de su hermano. Aunque sean los presentes en la pulpería quienes se interponen para evitar la pelea, Borges observa que la intromisión de argumentos de orden moral –“Yo ya no busco peleas, las contiendas no me gustan”– resulta extrínseca a la causalidad de la historia y a su mundo de valores.

Puestas las cosas en esos términos, la razón para que Hernández añadiera a la trama el personaje del Moreno, el desafío a pelear y la suspensión del duelo, tendría el sentido de indicar cuánto y en qué dirección habían cambiado sus ideas acerca de cómo debían resolverse los pleitos entre argentinos.

Borges entendió que esa corrección debía, a su vez, ser corregida, y en “El fin” restituyó la historia imaginada por Hernández a su cauce original, haciendo que Fierro, que delante de sus hijos no había querido “mostrarse como un hombre que anda a las puñaladas”, acate el destino que la ley de la narración le fijaba.

Sin embargo, no obró del mismo modo al escribir “Historia de Rosendo Juárez”, sino que, al igual que Hernández en *La vuelta*, añadió “moralidades” que también indicaban cuánto y en qué dirección habían cambiado sus posiciones en relación a la violencia.

Ya en 1961, cuando compuso su *Antología personal*, Borges había excluido “Hombre de la esquina rosada” y en el prólogo a esa selección pedía a los lectores que se lo juzgara por ese libro, y “no por determinados ejercicios de excesivo y apócrifo color local” que se seguían incluyendo en antologías elaboradas por otros, donde era recurrente aquel relato que había “logrado un éxito singular y un poco misterioso”.

Es razonable pensar que el mismo argumento de naturaleza estética, formulado en el prólogo a la *Antología*, llevó a Borges a escribir “Historia de Rosendo Juárez” durante 1969. La repetida vindicación de la tranquilidad, sin embargo, también parece una reacción ante la escalada de violencia política en nuestra sociedad, ya notoria durante ese año –los sucesos del Cordobazo en mayo o los atentados contra trece sucursales de la empresa Minimax en junio son apenas ejemplos que aparecen rápido en la memoria–, y que daría con su emblema en el siguiente, con el secuestro, el juicio revolucionario y el fusilamiento de Aramburu por parte de Montoneros.

6. Los cuentistas –igual que los poetas– seguramente lamentan la manera antológica en que funciona la memoria de los lectores, que desmembra los libros y recuerda

suelos relatos que, sin embargo, se conocieron integrados a un orden mayor que el autor, la autora, compusieron para dar forma a un libro.

De allí que incluso la relectura de los libros de cuentos, enteros y de acuerdo con la sucesión original, sea un hábito infrecuente, con lo que se desvanece la impresión de conjunto sobre el volumen y se anulan los efectos que el autor buscó al ubicar un relato al comienzo, al final de la serie o entre otros dos.

La relectura de *El informe de Brodie*, completa y en el orden que Borges fijó para el prólogo y los once relatos, nos devuelve a una particular experiencia en relación a ese libro y activa efectos premeditados por Borges.

A la historia inicial, por ejemplo, sobre una lealtad atroz –“La intrusa”– le sigue y se le opone otra sobre una enigmática deslealtad –“El indigno”.

Los dos relatos que “admiten una misma clave fantástica” –“El encuentro” y “Juan Muraña”– son sucesivos y subrayan la esencial monotonía de la que Borges se lamenta en el prólogo.

La extensa serie de historias sangrientas está dominada por enfrentamientos y rivalidades personales que no hay manera de celebrar; y sólo “La señora mayor”, como revés, evoca la dignidad heroica de las sangres derramadas en batallas por la Independencia y las guerras civiles.

Esa misma serie de relatos sobre violencias está enmarcada por las dos historias que coinciden en la representación de brutalidades inconcebibles –“La intrusa” y “El otro duelo”– cuyos horrores tal vez no tengan igual en la obra de Borges.

7. Dice Borges en el prólogo que intentó “la redacción de cuentos directos” y que, a su juicio, “El evangelio según Marcos” es el mejor de la serie.

Sin embargo, al momento de decidir el título de la colección, lo hizo coincidir con el del relato menos representativo del conjunto, distinguiéndolo como el último que debe leerse; el que permanece como resto cuando cerramos el libro y lo dejamos a un costado, mientras su efecto permanece sobre nosotros.

Notoriamente distinto a los “cuentos directos”, “El informe de Brodie” tiene un despliegue narrativo débil, como el libro de Swift del que procede y otras ficciones de Borges, como “Tlön, Uqbar, Orbis Tertius”, “La biblioteca de Babel” o “La secta del Fénix”.

Su argumento es la descripción de un “pueblo bárbaro, quizás el más bárbaro del orbe”; una lista de prácticas, hábitos y cualidades desplaza el desarrollo de una historia, y las acciones y maneras de los Mlch –nombrados Yahoos, como en la cuarta parte de *Los viajes de Gulliver*, para señalar “su naturaleza bestial” – se registran en tiempo presente, para dar cuenta de una invariable repetición.

El informe de David Brodie representa algunas escenas atroces, aunque están contenidas por la mirada comprensiva y el tono conciliador del misionero que entiende que, a pesar de su barbarie, los yahoos poseen cualidades que los redimen y no representan la cultura de un modo totalmente distinto a “como la representamos nosotros”.

Esa simpatía también distingue a “El informe de Brodie” de los relatos atroces también incluidos en el libro y la mirada comprensiva del misionero, antes que de la sátira de

Swift, proviene, en cambio, de un modelo menos evidente aunque citado en el marco que presenta el informe al lector, el “primer volumen de *Las mil y una noches*” en la traducción de Edward William Lane, publicada en Londres en 1840.

En su testimonio del viaje al país de los houyhnhnms, Gulliver dice de los yahoos: “confieso que me parecieron, en todos los sentidos, los seres más detestables que viera nunca. Y cuanto más los contemplé, más los aborrecí, durante todo el tiempo que permanecí en aquella comarca”; a su juicio “son astutos, maliciosos, traidores y vengativos. Aunque fuertes, su ánimo es cobarde, y por tanto indolente, abyecto y cruel”.

El efecto satírico del texto de Swift se desprende del hecho de que, al responder a la pregunta de su amo houyhnhnm “si las gentes entre quienes yo vivía se asemejaban a mí o a los yahoo de su país”, Gulliver no advierte que su retrato de los ingleses dejará ver una raza tan bárbara, si no más, que la de los aborrecidos yahoos.

La actitud de Brodie al retratar de los Mich, en cambio, se aproxima al retrato que Borges había hecho del orientalista Lane en el ensayo “Los traductores de las *1001 noches*”: “Cinco estudiosos años vivió el arabizado Lane en El Cairo, ‘casi exclusivamente entre musulmanes, hablando y escuchando su idioma. conformándose a sus costumbres con el más perfecto cuidado y recibido por todos ellos como un igual”.

Dicho en otras palabras, si bien en el prólogo al volumen Borges declara que “el texto que da nombre a este libro” “manifiestamente procede del último viaje emprendido por Lemuel Gulliver”, la actitud de su protagonista hacia el pueblo bárbaro, piadosa y comprensiva, mima la de Lane.

¿Cuál habrá sido la razón que decidió a Borges a escribir ese cuento, cuya materia exótica es una anomalía en el conjunto al que pertenece? ¿Por qué lo distinguió dando su título también al libro? ¿Por qué habrá deseado que fuera el último que leyéramos?

Tal vez la extensa serie de cuentos con representaciones de violencias incluidos en *El informe de Brodie* estuviera contagiada por el tiempo durante el que Borges los escribió.

1970 fue el año del secuestro y fusilamiento de Aramburu, del que se escribiría que “fue un hecho excepcional, un punto en que todas las cosas se salieron de su eje y nunca volvieron a acomodarse como en el pasado”.

Quizá en la rareza, el exotismo, también el anacronismo estético de ese último relato de su libro, Borges cifrara un conjuro para detener, imaginariamente, el vértigo que envolvía y arrebatava a toda la sociedad argentina, para acomodar las relaciones humanas a una piedad tan mítica y voluntarista como inexistente.